Euskadi, julio de 1936. Las calles son una olla a presión tras estallar la sublevación militar. Partidos políticos y sindicatos se movilizan para el combate: miles de jóvenes parten hacia el frente en defensa de las libertades. Muertes, fusilamientos, bombardeos... El inmenso torbellino de la guerra los atrapará de lleno, los cambiará para siempre. Y tras él, la venganza de los vencedores: cárceles, campos de concentración, batallones de trabajadores, Ejército franquista... Miles quedaron en el camino. Pero unos pocos siguieron la lucha, hasta nuestros días.

Los once nonagenarios que se asoman a estas páginas no solo cuentan sus vidas, sino también las de sus compañeros, sus familias, el devenir de toda una sociedad desangrada día a día. No pudieron con ellos; son los últimos testigos, los últimos combatientes de la guerra contra Franco.

Maizales bajo la lluvia es una sobrecogedora recopilación de once trayectorias de vida que rinde homenaje a todos los luchadores antifascistas que se dejaron la vida en las montañas de Euskadi, en las trincheras de Catalunya, en las prisiones de Madrid o en la más olvidada de las cunetas en pro de un futuro mejor llamado Libertad.

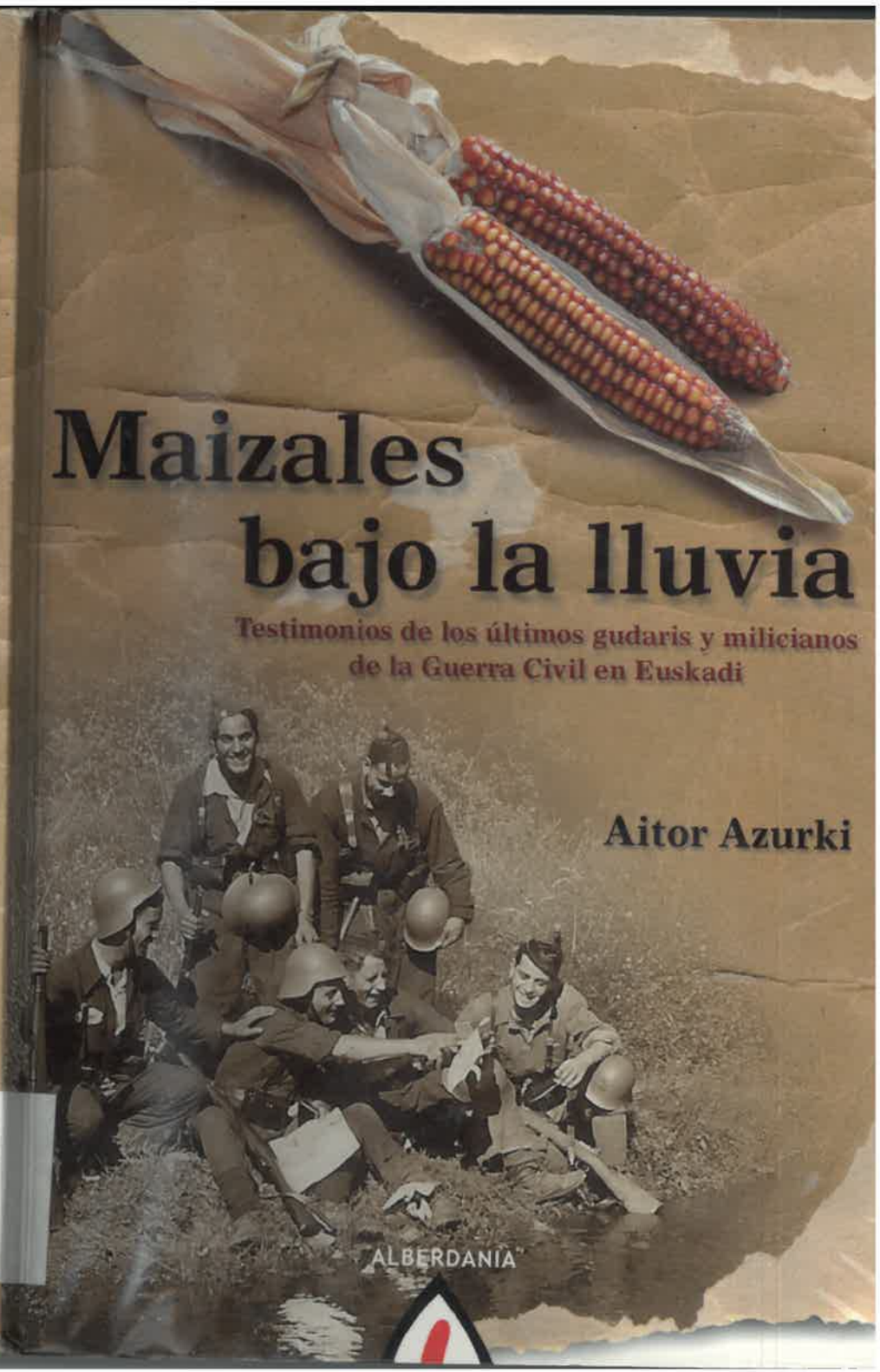
ISBN 978-84-9868-279-3
9 788498 682793
ALBERDANIA

2011n argitaratua

63
ALGA

MAIZALES BAJO LA LLUVIA
Testimonios de los últimos gudaris y milicianos de la Guerra Civil en Euskadi

94(460.15)
AZU
mai



Maizales bajo la lluvia

Testimonios de los últimos gudaris y milicianos de la Guerra Civil en Euskadi

Aitor Azurki

ALBERDANIA

De pronto, a un lado del camino observamos que se erige una vieja casa. "Parad aquí, en este bar de aquí hemos quedado." El local es austero, antiguo, de otro tiempo, sin renovar desde hace décadas. Algún que otro cuadro de la central o del pueblo decora la grisácea –antes blanquecina– pared. Félix saluda a una pareja con niños que se halla sentada en la entrada. Pedimos algo y nuestro protagonista se sienta. "Yo todos los años vengo a esta manifestación. Hay otras opciones a la central. Y esto ya tenía que estar cerrado desde hace años", nos argumenta. La conversación se prolonga hasta que nos percatamos de que son las cinco y media. "Bueno, habrá que ir para allá." Nada más salir del establecimiento advertimos que por el arcén de la carretera se aproximan media docena de jóvenes con banderas roji-negras. "¡Félix! ¡Qué tal! ¡Aúpa!", vociferan los anarquistas. "¿Qué, ya estáis aquí? ¡Por ahí delante estará el resto!", les grita. "Aquí están algunos de los chicos", nos aclara con mirada esperanzadora.

Seguimos para adelante hasta llegar en pocos segundos al punto de partida de la manifestación. El ambiente está caldeado, ya que entre la diversa multitud unos jóvenes disfrazados humorísticamente de guardia civil, torero, obispo y militar hacen las delicias de los congregados. La música de timbales y tambores se ha apoderado del entorno. Globos amarillos con carteles blancos dominan el cielo. Miramos alrededor: la gente habla amigablemente en grupos; la algarabía es agradable; aires reivindicativos en tono festivo. Pasamos desapercibidos; conversamos entre nosotros mientras disfrutamos del ambiente. Se han rebasado las seis menos cinco cuando, repentinamente, la conglomerada marea humana emprende su marcha antinuclear dirección a Santa María de Garoña. Es el momento de despedirnos de Félix, quien reitera que le enviemos por favor las fotografías tomadas en esta fructífera jornada. Le damos las gracias, le decimos adiós y, poco a poco nuestro incansable luchador se aleja con su paso pausado desvaneciéndose entre la muchedumbre de gente con banderas de vivos colores y pancartas de reivindicativos lemas.

MANUEL GOENAGA ILLARRAMENDI
(Usurbil, 1 de mayo de 1915-Donostia, 5 de mayo de 2009)

Miembro del Cuerpo Expedicionario de Euzkadi en Asturias y oficial del Batallón MAOC-2 Guipúzcoa (PC)

Llegamos a Asturias en autobuses y nos recibieron unos jóvenes al grito de "¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí los rusos!". ¡Porque nos escucharon hablar en euskera! ¡Y uniformados como estábamos! Ellos, todos con ropas viejas, eran voluntarios y estaban hechos un desastre. Y nosotros en cambio, todo chulos con nuestros buzos.

LA MAÑANA SE LEVANTA TÍMIDA y lluviosa en la jornada del 13 de marzo de 2007, cuando aparecemos por su casa de Usurbil para entrevistarlo; al pasar frente a ella, a ras de calle, antes de entrar por la puerta nos lo encontramos con su silla de ruedas asomado a una gran cristalera que separa su salón del pavimento público. Ahí está él, con los ojos fijos en la larga cristalera que abraza las gotas de lluvia, así como los recuerdos de una cruenta contienda tan presente aún hoy en sus ojos. Gotas que desaparecerán tras el chaparrón, pero vivencias que perdurarán tras el otro chaparrón, el de décadas de silencio.

Antes de entrar, nos quedamos quietos frente a la antigua puerta de madera de su vivienda, una casa de dos siglos de antigüedad que otrora perteneció al cura de la localidad: Altuna-enea. Dos golpes bastan para que se abra: nos recibe su hijo Manolo, también grande,

moreno y alegre como su padre. Tras él aparece su madre, Mercedes Añorga, delgada y más bien menuda, una mujer que irradia gran vitalidad. En el salón aguarda nuestro protagonista. Es increíble como nada más penetrar nos sentimos totalmente arropados por todos ellos, como si fuéramos familiares aparecidos de la nada tras años de incomunicación y silencio.

Pese a moverse en silla de ruedas, con la salud deteriorada, la mente de Manuel mantiene los recuerdos intactos, inamovibles en su memoria. Su voz, casi susurrante, tranquiliza a cualquier oyente por nervioso que sea. Sus palabras, llenas de acción y dureza, fluyen por su boca y demuestran hasta qué punto los perdedores de aquella guerra quieren hablar, ser escuchados, al menos una vez. Destacan, por encima de todo, su altura y su fuerte espalda, las cuales delatan a simple vista que *Uxurbil*, que así es como lo llamaban en su unidad, era uno de esos hombres popularmente conocidos como "chicarrones del norte"; individuos corpulentos acostumbrados a las inclemencias del campo. Y de la vida. Todo se resume en pura dignidad.

"Jamás he sido comunista"

En contra de lo que se piensa, cada batallón leal al orden establecido albergaba en su seno una amalgama de ideologías, ya que las fuerzas leales, sobre todo al principio del conflicto, fueron formadas improvisadamente en los correspondientes pueblos. Por consiguiente, a pesar de pertenecer a un partido político o sindicato concreto, las mentadas unidades se conformaban de voluntarios de muy diversas corrientes políticas. Esto es, el hecho de pertenecer a una milicia comunista no suponía ser un ferviente seguidor de las teorías de Marx. Es el caso concreto de Manuel, un joven usurbildarra del caserío Olarria, al cual la sublevación militar lo sorprendió recién finalizada la instrucción militar: "O sea que tenía que ir de los primeros con Franco. Como no quería de ninguna de las maneras hacer la guerra en el bando franquista, me apunté en el primer batallón que pidió voluntarios". La casualidad y las pocas ganas de defender a los sublevados hicieron que Goenaga engrosara las filas del Batallón MAOC-2 Guipúzcoa, inscrito al Partido Comunista. Una decisión que le deparó difíciles e imborrables momentos en los frentes de Euskadi, Cantabria y Asturias. Con la perspectiva que aportan los años, hoy en día, nuestro protagonista no duda en subrayar que "la guerra no la ganó Franco, la ganaron los alemanes y los italianos".

Juventud en el caserío

Como muchos otros, Manuel pasó sus primeros años de vida en su caserío de Usurbil. Su familia se componía de doce hermanos más los progenitores, por lo que no les quedó más remedio que trabajar en el campo. Su juventud fue tranquila, "muy sana", subraya. Posteriormente, a la edad de dieciocho años trabajó en la construcción de una de las fábricas con mayor renombre del entorno de Lasarte: Michelín.

Corría el año 1936, era verano y este relator había finalizado la instrucción militar; únicamente faltaba que le firmaran el alta. Por ello, aquel fatídico viernes, 17 de julio, se acercó al cuartel de Loiola para que se la concedieran:

"Bueno, vienes mañana y ya te daré el alta", me dijo el instructor. "¿Mañana? ¿Mañana?" "¿Por qué me lo repites?" "Porque mañana es sábado." "¡Ah! No hijo, no. Los sábados no trabajo. El lunes vienes y te daré el alta." Ese sábado empezó la guerra y me quedé sin recoger el alta.

ESTALLA LA CONTIENDA

Sangrienta jornada

Aquel sábado, 18 de julio de 1936, el destino de toda una sociedad cambió por completo. Aquel "Día del Alzamiento Nacional", tal y como lo proclamaron los rebeldes, Goenaga se hallaba, como cualquier otra jornada, inmerso en sus tareas cotidianas sin imaginar ni por asomo qué convulso futuro le aguardaría:

Después de comer me fui a trabajar y el jefe de la fábrica me dijo: "¡Viene la de Dios, eh!". "¿Y por qué?" "¡Los militares se han sublevado en África contra el Gobierno! ¡Viene la de Dios!" Al día siguiente, el domingo, eran fiestas en Añorga y también en Rekalde. Y fuimos. De camino, un camión, desde Eibar. Todos con pañuelos rojos y con pistolas: republicanos ei-

barreses. Pararon en Rekalde, en un caserío que se llamaba Arpieta. El chico de allí tenía un coche, en aquellos tiempos no lo tenían muchos, pero este sí, y se había ido a pasear con su novia. Por la tarde vino hasta Rekalde y los eibarreses le dieron el alto para pedirle la documentación o... Él, que iba de chófer, se asustó, no sabía lo que eran y se escapó hacia Hernani. Estos por detrás le dispararon y mataron a su novia. Este fue el comienzo.

Al día siguiente por la mañana, de otro caserío nos tocaron la puerta, porque en aquel entonces solíamos ir todos juntos a vender leche a Donostia: "No hay ni trenes, ni autobuses, ni nada. Tendremos que ir andando". Cogimos el burro y a Donostia. Pero entonces prohibieron llevar la leche a las casas. Uno de los lugares para vender leche lo pusieron en la plaza Gipuzkoa y otro en la plaza Constitución.

La situación se agravaba por momentos y los días se presentaban cada vez más complicados para, en su caso, llevar a cabo el reparto diario de la leche: el choque armado se había iniciado con sangre en la vida de nuestro protagonista; y la escasez de alimentos se hizo patente. Por ello, las primeras medidas no se hicieron esperar: la Guardia Municipal de la capital guipuzcoana permitió vender únicamente un litro por persona, con los consiguientes enfados por parte de la clientela.

Guía por los montes

"Entonces es cuando oí por primera vez el ruido de las balas pasando cerca."

Mientras las tropas insurrectas se aproximaban a Gipuzkoa por el norte del territorio navarro, en pequeñas localidades como Usurbil la resistencia leal fue tomando cuerpo sobre la marcha. Partidas de hombres armados improvisadamente con escopetas de caza, mosquetones, pistolas, así como con unos pocos fusiles recorrían los montes colindantes con el fin de controlar y hostigar a los sublevados. Con tan solo veintiún primaveras, Manuel se presentó voluntariamente para colaborar en una especie de "Comité de Defensa" organizado en su pueblo.

Siempre había que hacer algo, algún viaje o así. Yo anduve poco: hice dos viajes al monte Andatza para enseñar el camino. Una de las veces fui

con unos de Errenteria en busca de los nuestros a la loma del Andatza, y nos dimos cuenta de que estaban en Zubietamendi. Entonces fuimos a Zubietamendi para juntarnos las dos cuadrillas, y cuando decidimos cambiar de posición, desde el monte que está detrás, el Saldatxur, que detrás está Zizurkil, desde ahí empezaron a dispararnos los franquistas. "Bueno, tú ya has cumplido la misión, no tienes nada que hacer aquí ya, así que ahora vete rápidamente, que si no después no te van a dejar. Esto se está poniendo peligroso", me dijeron. Había varios árboles y estaban detrás parapetados. Entonces es cuando oí por primera vez el ruido de las balas pasando cerca: ¡Fiiii! ¡Fiii! No sé si las has escuchado alguna vez: donde pegan hacen muchísimo ruido. Entonces bajé del monte corriendo para casa, asustado. La cuadrilla que venía conmigo se quedó arriba, eran milicianos que estaban en el frente y únicamente bajé yo que había hecho de guía enseñándoles el camino.

Y otro viaje también fue para enseñar a unos el camino hasta las posiciones del Andatza; dijeron que eran médicos. Otro lo hice con unos zarauztarras por la noche al caserío Arratzain, en Usurbil. Fuimos a colocar las tropas. Otro día me dijeron: "Vete a tal caserío y trae el mulo que tienen". Fui y estaba en muy malas condiciones, utilizado antes para no sé qué, con toda la espalda ensangrentada. "Esto no se puede llevar". Lo dejé allí y volví.

Formando la compañía

Antes de que el 13 de septiembre sucumbiera, la capital guipuzcoana padeció una oleada de fugas por parte de la población civil hacia zona republicana. Aquella noche el joven Manuel fue testigo del terrible éxodo: desde su caserío observó durante toda la noche cómo los vehículos marchaban uno tras otro ininterrumpidamente en dirección a Bilbao. Y el pavor, a la vista de los datos, no era para menos, ya que de en torno a 80.000 habitantes que contaba San Sebastián, más de la mitad se marcharon al exilio. Entre 30.000 y 34.000 personas permanecieron en ella, de las cuales un 1% –es decir, 385 exactamente– fueron ejecutadas en las jornadas posteriores. Pero no solo los donostiarras huyeron despavoridos: los habitantes de los pueblos vecinos como nuestro joven tampoco se sentían seguros. Menos aún si eran "colaboracionistas de los rojo-separatistas".

Después seguimos para adelante y nos replegamos a Zarautz, donde hay un viejo palacio que da hacia Getaria, no me acuerdo del nombre. Allí pusieron el cuartel republicano en septiembre. Llegamos por la noche, dormimos en él y al día siguiente nos dijeron que había que formar la compañía para ir a Azpeitia[145]. Nos pusimos en fila y nos dieron cartucheras; nos prometieron munición y armas al llegar a Azpeitia, pero de momento solo teníamos las cartucheras. El "presidente" del Batzoki, del grupo en el que estábamos, era Koxme Yagüez, maestro en Zubieta; lo tenía al lado. Había cartucheras en la bodega, y me dirigí hacia allí. Me dijo: "¡Fuera de ahí! ¿Dónde va usted?". "A cambiar la cartuchera, que está rota." "Sí, ahí abajo tiene usted el montón. Escoja." Y salí de la fila. Estábamos en cuadrilla, y nos mandaron al Bar Azken Portu. Teníamos a uno de Orio entre nosotros, y nos dijo a un amigo y a mí: "*Laxarte* y *Uxurbil*, tengo que formar la compañía. Además, el local y la alimentación están a mi cargo". Así nos lo ofreció.

Ya nos juntamos en el Azken Portu: "Bueno... –dijo Koxme–. Nosotros hemos pensado quedarnos". Y le contesté: "¿Quedarnos? Yo para quedarme me hubiera quedado en Usurbil, no aquí". "Pues nosotros hemos decidido quedarnos. Al parecer no hacen nada", argumentó refiriéndose a los franquistas. Es bastante feo, pero le dije: "Entonces como dicen los castellanos, 'cada puta por su lado' habrá que hacer". Está mal dicho, pero eso mismo le dije: "Que cada uno haga lo que quiera. Yo, mientras esté libre, seguiré para adelante". No, yo no me enrolé en esa compañía. Y uno de Irura me preguntó: "¿Qué vais a hacer al final?". "Algunos para adelante y otros para casa, porque dicen que no hacen nada..." "En Asteasu también decían lo mismo y ahora ahí están entre maizales, seis o siete bajo tierra. ¡En Usurbil también harán de las suyas!", me contestó.

Estaba en lo cierto, pues los golpistas sí que "hicieron", y mucho. Sin ir más lejos, el mismo Koxme Yagüez, el maestro de Zubieta que decidió no partir, fue fusilado en los entornos de los montes de Orio a las pocas semanas, el 10 de octubre de 1936 en concreto. Lo que

145 En el santuario de Loiola de Azpeitia, el PNV comenzó a estructurar por aquellas fechas el *Euzko Gudarostea* o Ejército vasco. Un ejército formado primeramente en aquellos inicios de incertidumbre por milicias vascas nacionalistas. Después se consiguió ordenar e integrar a los batallones de todas las ideologías en este mismo.

"hicieron", por tanto, quedó sepultado. Solo los maizales conocen ahora los secretos que guardan estas tierras. Quizás, para siempre.

Al final, los de la cuadrilla nos fuimos a Deba. En la salida a mano izquierda había una casa bien grande de nombre Artzabal, con un bar. Allí nos juntamos nueve usurbildarras y otros nueve igeldotarras. Esos últimos solían ir a las rocas, y traían lapas y lapas... Comida. Vivíamos con muy poco dinero, muy baratamente. En Deba no hicimos más que estar. Nada. Pero como los *nacionales* estaban entrando cada vez más en Gipuzkoa, por la noche fuimos a Ondarroa andando. Nos alojamos en el Ayuntamiento. Y desde el altavoz: "Todo aquel que tenga intención de ir para adelante que se mueva, porque van a entrar las tropas". Era mentira, ¿eh? Las tropas todavía estaban muy atrás... Teníamos un amigo que era pescador, Raimundo Irastorza, y él nos dijo: "Vamos al puerto". Fuimos, subimos a un barco y nos pusimos a dormir, tumbados. Vino el hombre del barco: "Si pensáis marcharos, ¡moveros ahora, eh! Porque este barco no se va; se queda aquí". Y Raimundo dijo: "El dueño se cree que somos tontos; este barco no se va a quedar aquí ni aunque tuviéramos que llevarlo a remolque. El motor es novísimo y diesel". Soltó la cuerda. "Nos lo llevaremos", dijo nuestro amigo el pescador. "Es nuevo y este barco no se va a quedar aquí. Ya hemos hecho bastante el tonto." Cuando se fue el hombre y nos dejó libres, salimos. Raaaaaa...Al mar.

En busca de territorio seguro

Manuel y sus amigos, conscientes de que la flota insurrecta se hallaba al acecho, bordearon la costa hasta arribar a Bilbao, donde uno de ellos, Eleuterio Errazti, natural de Agiña, tenía un cuñado que era patrón de un barco pesquero.

Estuvimos todo el día buscándolo y no lo encontramos. Después supimos que se había ido a Checoslovaquia a por armas[146]. Al mediodía fuimos a un comité donde daban de comer a milicianos. Comimos y preguntamos en un bar a ver si tenían camas o algún caserío para dormir. Y que sí, que tenían un almacén con una pila de virutas para hacer fuego o así. "Perfecto. Virutas para dormir", pensé. Empezamos a dormir, pero yo dormí

146 *Ver* nota n.° 99.

una hora o por ahí para hacer guardia. Estaba escuchando ya despierto, y vinieron unos guardias de Asalto. Nos empezaron a preguntar cosas, como es natural; el que estaba a mi lado, preocupado, preguntó: "¿Cómo habéis llegado aquí?". "En barco hemos venido al puerto de Bilbao." "Hoy no ha entrado ningún barco", dijo el guardia. "No está usted bien informado. La pasada noche salimos de Ondarroa y a tal hora aproximadamente hemos desembarcado en el puerto de Bilbao." Preguntó de dónde éramos y "de Usurbil", le contesté. "Entonces será que andáis muy mal por allí... Aquí también el enemigo puede llegar cualquier día y hacer alguna masacre. Id mañana al Hotel Carlton." Era el hotel del Ejército vasco. "¿Allí para qué?" "El alcalde de Usurbil está allí, provisionalmente." "¿Y nosotros qué vamos a hacer?", nos preguntamos. "Quedarnos. Si nos vamos allí nos mandarán mañana mismo al frente." No teníamos ganas de ir y dijimos: "Vamos hacia Durango que a cambio de trabajo nos darán cobijo en algún caserío".

Combatientes en Durango

Por el miedo a ser enrolados en algún batallón, el grupo de amigos se dirigió al Duranguesado. Pero la vida da muchas vueltas y unos días más tarde, casualidades del destino, terminaron *motu proprio* donde a toda costa querían evitar ingresar:

Fuimos toda la cuadrilla de usurbildarras a Durango y vimos a unos milicianos con fusiles novísimos, engrasándolos y con cartucheras nuevas también. Con correajes nuevos, machete y con ropa normal de calle. Se estaban preparando para ir al monte. En aquellos momentos tener un arma era importante, ¡semejante oportunidad!: "Vamos nosotros también al monte". Y con ellos para el monte. Nos agregamos a una compañía, que por el momento no era el Batallón MAOC-2 Guipúzcoa, después sí.

Y de dicha forma tan peculiar se enroló Goenaga en una unidad gubernamental. Por delante le esperaban meses y meses de calvarios, de andanzas por tierras que jamás había pisado y, en definitiva, de estrechar su ligazón con la muerte. Sin embargo, en un principio su preocupación era otra:

Ya en el monte, por las mañanas solíamos querer al menos limpiarnos y afeitarnos, ¡pero nadie tenía un espejo! Así que nos limpiábamos en el

suelo, en los agujeros para el ganado con agua. Una vez vino el comandante y le dijo a uno: "No seas tonto; para afeitarte así no te afeites".

Estuvimos de pasada en el frente de Eibar, en el monte Illordo. Después, a los tres días o así nos hicieron bajar a Bilbao otra vez, por el monte. No tuvimos enfrentamientos. En Bilbao nos uniformaron a todos por igual, con botas nuevas y buzos, para mandarnos a Asturias. Aún ni siquiera estaba construido el Cinturón de Hierro, ¡eso fue después! El frente estaba en torno a Eibar.

Dos "moros" republicanos

Preguntado si conoció algún magrebí por aquella época, añade que sus filas albergaban dos jovencitos africanos un tanto peculiares.

Decían que se habían pasado a nuestro bando. Uno hablaba bien en español: Desana. Era caminero. El otro, en cambio, era un poco salvaje, se apellidaba Al Carchi. Estaban con nosotros. Cuando estábamos en el batallón, de milicianos, se unieron los dos moros. Para mí que fueron hechos prisioneros, pero ellos para salvarse decían que se habían pasado. Andaban con nosotros; algunas veces nos acuartelaban en Bilbao y no se podía salir: "Hola, Al Carchi, ¿qué tal?". "Mal, mal." "¿Qué te pasa?" "Nada cerveza, nada putas; mal", te contestaba. Me acuerdo que como teníamos a estos dos moros en el frente, por la noche hablaban por un altavoz para que los oyeran sus antiguos compañeros.

ASTURIAS: SANGRIENTA BATALLA

En el Cuerpo Expedicionario de Euzkadi

Varias veces tuvo que batirse el joven Manuel a punta de fusil y granadas de mano en las mentadas sangrientas tierras. Esto fue debido a que el 25 de enero de 1937, el Estado Mayor del Ejército del Norte –bajo las órdenes del Gobierno republicano– se reunió en la capital vizcaína y decidió lanzar una ofensiva sobre Oviedo. El objetivo era cortar las comunicaciones de esta ciudad en manos franquistas y tomarla después. Asimismo, como apoyo a las fuerzas asturianas, dicho Estado Mayor solicitó al Gobierno Vasco el envío de un cuerpo expedicionario vasco compuesto por varios batallones.

Llegamos a Asturias en autobuses y nos recibieron unos jóvenes al grito de "¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí los rusos!". ¡Porque nos escucharon hablar en euskera! ¡Y uniformados como estábamos! Ellos, todos con ropas viejas, eran voluntarios y estaban hechos un desastre. Y nosotros en cambio, todo chulos con nuestros buzos.

El guipuzcoano saca a la luz esta graciosa anécdota mientras se ríe y disfruta describiéndola. Probablemente sea uno de los pocos episodios que guarda con alegría entre un mar de recuerdos de pólvora, sangre, sudor y lágrimas.

Un mediodía, comimos y nos metimos en autobuses. Empezamos a subir una estrecha empinada y llovían balas de arriba abajo: ¡Canc! ¡Canc! Pegaban en los autobuses; bastantes balas. Tenía los nervios a flor de piel. En ese momento se paró el autobús, bajamos y había unos maizales enfrente. Entramos en ellos corriendo y, de repente, un río ante nosotros. Había un puente sobre él. Lo pasamos y en una colina próxima, ahí estaba el enemigo parapetado en una pared. "¡A por ellos!" Todos corriendo contra ellos colina arriba. Buf, nos hicieron muchas bajas; muchas... Fueron momentos de tensión. Mi corazón entonces estaba... ¡Vaya latidos!

Bajo los nubosos cielos de Asturias tuvo lugar realmente su bautismo de fuego. Unas tierras donde abundaban los maizales que tanto protegían a los batallones, unas cosechas destinadas por la guerra a tener el mismo incierto futuro que los combatientes que guardaban. Con todo, la lucha no había más que comenzado para el inexperto combatiente de Usurbil. Entre el silbido de las balas y el estruendo de las bombas fue donde conoció al segundo mejor tirador de España:

¡Tiraba muy bien! Era un soldado que iba a ir a las Olimpiadas de Alemania[147], pero la guerra le pilló en Donostia. Era de un pueblo de la frontera entre Asturias y Cantabria. No era el jefe, pero mandaba un poco. En el ataque que te digo fuimos directamente contra el enemigo. Había un pequeño montículo en el camino, estábamos los dos en la esquina, totalmente a mano derecha de la tropa, y nos dijimos: "Vamos a esperar un poco". Pero rápidamente me ordenó: "No podemos esperar. Van a

147 Las Olimpiadas de Berlín iban a celebrarse en el verano de 1936, por lo que muchos de los deportistas se encontraban de camino a Alemania cuando estalló la contienda.

recibir refuerzos y venga, ¡arriba!". Se subió encima del montículo y una bomba de mano cayó a su lado. Era una Laffite, con una cinta enroscada que cuando se acababa, saltaba el percutor y explotaba. Se tumbó en el suelo y, ¡bumba! Le cogió justo abajo... Tenía hasta el hígado y parte de las tripas colgando... Luego echaron otra bomba... pero me pasó por arriba y cayó un poco más lejos. Había un grupo de acebos en el suelo y me arrimé para cubrirme. ¡Zast! Cayó una bomba entre los acebos. Se trabó la cinta de la Laffite y no explotó; justo delante de mi cara, como a medio metro. Si hubiera explotado hubiera sido mi final... ¡He tenido mucha suerte en la vida!

Una auténtica lluvia de granadas caía sobre los atacantes tiñendo el suelo de rojo y la jornada de negro. En aquellos instantes de alaridos y estallidos, a Goenaga no se le pasó por la cabeza retirarse. Imposible. Había que echar para adelante. Tras el percance con la bomba, se incorporó y sin tiempo para pensar, junto a los suyos, a la voz de "¡adelante!" prosiguió la ofensiva monte a través.

Para arriba. Ya no éramos muchos, porque nos hicieron muchas bajas. "¡Munición! ¡Munición!", gritaba el que iba con la ametralladora. "¡Munición!" Estábamos faltos. Disparaba hasta el capitán. ¿Sabes después? El enemigo estaba detrás de una pared con los fusiles a la vista. Pero para ver dónde disparar tenían que levantarlos y nuestro capitán, Odriozola –al que le llamábamos *Deba*–, estaba esperándolos. Nada más moverse uno, ¡pum! Disparó antes que él. Quedó todo herido. Y al final cogimos la colina.

El acordeonista de Usurbil

El descarnado avance había sido a cuerpo descubierto y, por ende, los parajes asturianos fueron testigos de los numerosos hombres que exhalaron su última bocanada de aire sobre ellos. La sangre, mezclada con la vegetación del lugar, emanaba un extraño olor, distinto, jamás olido por nuestro narrador. Bajo un manto de silencio absoluto, casi aterrador, la acción dejó paso al socorro de los heridos, que yacían por doquier. Los quejidos indicaban sus posiciones. Uno de los casos que mejor recuerda Manuel es el del joven usurbildarra Blas Ugarte, el que fue acordeonista del pueblo antes del conflicto:

La tropa quedó desplegada por el ataque, y nosotros estábamos en la esquina de la derecha. Él no sé dónde había estado, en la izquierda o en el centro. Cuando cogimos la posición nos acercamos al centro y entonces es cuando lo vimos herido. No sé si por bala o por bomba, pero tenía el brazo izquierdo colgando de la piel. Te voy a decir más: lo cogimos entre dos y lo bajamos abajo con dos fusiles así, uno aquí y otro aquí.

El anciano ejecuta el gesto empleando ambos brazos para ello, como si se encontrara sujetando los fusiles a modo de improvisada camilla. No en vano, en aquellos momentos, varios insignificantes segundos podían ser vitales para salvar una vida como la del maltrecho Ugarte.

"Agua...", pedía. Y nadie tenía una cantimplora a mano. Las tendríamos, pero todas perdidas ya... ¿Sabes lo que es un talín? Los fusiles llevaban bayoneta, pues su funda; era de chapa. Con esta funda conseguimos traer agua de un río cercano. Bebió dos o tres tragos; vino la ambulancia y se lo llevaron a Avilés, a él y a un vecino suyo, Inaxio Arruti, del caserío Ibarrola. Después me dijeron que murieron los dos. Al hermano de Arruti, Juanito, le hirieron en el muslo, pero salió vivo. De los *nacionales* creo que sacaron muertos a dos, y el resto escapó, al parecer. Pero nosotros no teníamos mucho mando, teníamos mucha falta...

Tomamos esta colina, y qué sería y detrás otra colina más alta; llena de franquistas. Nos disparaban otra vez desde arriba hacia abajo. Entonces nos separamos en dos grupos, unos por la derecha y otros por la izquierda; disparando una y otra vez. El comandante a mi lado: "¡Mirad aquellos pinos, aquellos muros! ¿Ya veis? ¡Tirad allí!". Y, ¡zast! Se quedó sin catalejos; le dieron en la mano, una herida superficial, pero se le cayeron los prismáticos de arriba abajo.

Explica con serenidad y gran crudeza la batalla. Su susurrante voz convierte en más trágicos si cabe aquellos instantes. Unos instantes que el joven luchador a veces parecía vivir como parte de un espejismo irreal, un falaz mal sueño, hasta que los gritos y las explosiones lo devolvían a la cruda realidad donde unos pocos centímetros podían significar la diferencia entre estar vivo o muerto.

Bajé, era poco camino, y le traje los prismáticos. Estuvimos venga a tirar, una y otra vez; hasta que nos mandaron retirarnos. El fusil que tanto habíamos estimado hasta entonces, había ahora por todas partes; lleno de

fusiles estaba aquello. Cogí unos cinco y me los eché a la espalda para volver con ellos; y el jefe entonces: "¡*Uxurbil*! ¡Tira esos fusiles al suelo y dispara!". Eran unos fusiles grandes, checos[148]. Y no podía ponerme más a la espalda. Lo tenía todo dolorido; el hombro cargado de tanto disparar. Y seguimos retirándonos. Desde arriba escuché una voz: "¡Manuel!". Uno de los nuestros, Antonio Aranburu, el hijo de Pello. Estaba vivo y me dijo: "Aquel chaval que también era de Usurbil... lo han matado". "Hostia... Si salimos vivos y volvemos, ¿qué vamos a decir en el pueblo?" "Cualquier cosa, no te preocupes. Todavía estamos vivos, ya diremos algo los dos", me contestó.

Tras el encarnizado enfrentamiento, con grandes pérdidas que llorar, nuestro protagonista y los suyos se retiraron a reponer fuerzas. Aunque las siguientes horas no fueron, ni mucho menos, de alegría: el desasosiego, la rabia y la inquietud se apropiaron de sus mentes. Habían salido indemnes de los cruentos choques, pero muchos de sus amigos, vecinos del pueblo, compañeros de fatigas habían quedado en el campo de batalla.

A la mañana siguiente, estábamos ahí y vimos a lo lejos a una persona en el suelo. "Ese se mueve..." Miramos y "sí, se mueve". Fueron a por él y era uno de Errenteria. Le habían pegado un tiro en la cabeza, ¡y aún estaba vivo! Al cabo de un año, todavía no tenía memoria. Empezaba a hablar y se le olvidaba lo que había dicho. Yo no sé qué habrá sido de él, porque no lo he visto más...

Seguidamente explica que en un momento se vio de nuevo despidiéndose de este mundo. Se encontraba en el monte a solas, divisando las posiciones enemigas pese a la prohibición impuesta por el mando de que transitase un individuo solo, cuando de pronto apareció surcando el cielo un aparato bimotor.

Estaba mirando con los catalejos y soltó una bomba de doscientos kilos. Pensaba que venía encima, de frente, yo ya me esperaba que cayera encima de mí. Pero pasó a seis metros a mi derecha. Explotó a unos diez: impactó en un árbol grande y lo sacó de raíz. La bomba no me la tiraron

148 *Ver* nota n.º 99.

a mí, ¡por un hombre echar una bomba! ¡Era mucho dinero! Pero no sé por qué la echaron...

Más graduación

Tras el intenso periplo por tierras asturianas, con multitud de bajas a sus espaldas, el joven combatiente regresó a la capital vizcaína. Y esta vez, con mayor responsabilidad: fue ascendido a sargento de Pelotón de Mando y de Observación. Con tal galón, le correspondía tener bajo sus órdenes a media docena de hombres. Mucha responsabilidad para alguien que en un principio no quiso coger las armas. Pasado un tiempo, además, insistentemente le ofrecieron un cargo superior:

"Tienes que hacerte oficial." "Yo no quiero." "¡Pues te tienes que hacer!" "No quiero hacerme oficial." Yo estaba bien así, yendo al monte y tal. En el grupo uno tenía que ser el responsable; no teníamos mandos. Y yo más que sargento no quería ser, porque es mucha responsabilidad. Coges a la tropa y te vas al monte: decides dónde colocarla, cuando retirarte... ¡Es muchísima responsabilidad la de un oficial! Así estaban las cosas, y al final otra vez: "¡Ahora te tendrás que hacer oficial! Voy a ir a pedir permiso al jefe para que te nombre". "Si me pones de oficial, me pasaré a los fascistas." "No te irás, y si veo que lo haces, antes te mataré yo." Y así se pidió el permiso: "Bien merecido lo tienes", y me hicieron oficial.

Por tanto, ya ostentaba el cargo de oficial y, a propósito de su situación con las fuerzas comunistas, Goenaga recuerda cómo un día se le acercaron varios miembros del Batallón nacionalista Loyola.

Me dijeron: "Hemen gaizki zabiltza, komunistekin eta... Etorri zaitez gugana"[149]. Yo tenía un puesto de primera, ¡por una vez que me ascienden!: ayudado por el comandante y a comer y a beber como él. Yo no quería ir al frente y les dije: "Orain daukadan bezalako postua eskaintzen badidazue, joango naiz; tiroak botatzera ez naiz joango, e!"[150]. Y al final no fui.

149 "Aquí andas mal, con los comunistas y demás. Ven adonde nosotros."

150 "Si me ofrecéis un puesto como el que tengo ahora, me voy; ¡a echar tiros no iré, eh!"

Regreso a Asturias

Hallándose en la capital de Bizkaia, este usurbildarra fue llamado nuevamente para Asturias junto a su comandante Gonzalo Laredo y Valeriano Galarraga, chófer de este último, pero con una "ligera" diferencia: esta vez, en lugar de asistir como "soldado raso", acudiría como oficial agregado al Estado Mayor.

Nos dijeron que iban a hacer un ataque en Asturias. Yo por aquel entonces andaba siempre con el comandante, y lo que siempre he dicho: no teníamos mandos; si eras un poco despierto te hacían teniente o capitán –nuestro comandante fue torero–. Llegamos y nos dijeron en el Estado Mayor: "Mañana atacamos: cuarenta y ocho batallones". Y yo contesté: "¿Cuarenta y ocho batallones? ¿Y de reserva cuántos?". "Ninguno." "Mal –le dije–, no me gusta". "¿Por qué no te gusta?" "Porque habrá algún sector que estará lleno de gente, y muchos de los que están en los batallones no han oído ni un tiro todavía." "Ah..."

Probablemente, dicho viaje se encuadre nada menos que dentro de la segunda ofensiva republicana sobre Oviedo, iniciada el 21 de febrero. Se desconoce si por los consejos de Manuel o por algún otro motivo, se pusieron en juego treinta y dos batallones en lugar de los cuarenta y ocho mencionados.

Ya en el campo de batalla, el camino hacia Gijón tenía una franja a ambos lados. El objetivo era no dejar llegar a las tropas franquistas en auxilio que venían desde León, cortarles el paso ahí. ¡Y se consiguió! No sé qué tipo de organización habría, pero ahí estuvimos y se contuvo. En una de esas, el Estado Mayor tuvimos que ponernos en la cima de un monte en Grado. De allí a seis o siete kilómetros había una feria y enemigos por ahí: todos en la calle, caballos, carros... Y al comandante le dije: "¿No tenemos cañones? Mira cómo están en ese río, ¡como si estuvieran de fiesta! ¡Si fuera al revés ya nos hubieran disparado para desorientarnos!". Salí fuera de la casa donde estábamos. De repente: "¡Goenaga!". Me gritaron para ver si entraba adentro: "¿Qué pasa?". "¿Tú también eres Goenaga o qué?" "Sí." "¡El jefe de la artillería es Goenaga!" "¡Coño! ¡Será de Villafranca[151] o de por ahí!" "Sí." "Somos parientes, de padres primos."

151 Villafranca de Oria, actual localidad de Ordizia.

Finalmente, y tras el encontronazo con su lejano familiar, debido a la abundante población civil congregada o por la poca efectividad de la acción, optaron por no hacer sonar su artillería.

El periodista y los muertos

"Se ha retirado dejando el campo sembrado de cadáveres."

Otra de las personas con las que se cruzó este nonagenario fue con un personaje un tanto peculiar cuyo nombre no le viene a la mente. De lo que sí se acuerda es de qué manera escribió, al menos una vez, la crónica de uno de los choques armados:

Había un "diputado" del Gobierno Vasco que solía estar con nosotros en el Estado Mayor viendo el frente; escribía todos los días para un periódico. Un día atacaron los *nacionales* donde nosotros estábamos. Los que estábamos allí, una docena de personas, cogimos las armas: "¡Fuego!". Pudimos rechazar el ataque. El "diputado" había escrito algo sobre el ataque, lo cogí y empecé a leerlo: "El enemigo ha atacado y se ha retirado dejando el campo sembrado de cadáveres". "¿Pero cómo has podido escribir esto? ¡Pero si tú no has visto ni un cadáver siquiera! ¡Yo solo he visto cómo caía uno en el maizal, pero tú ni uno!" "Cállate, que tú no sabes cómo va esto", me dijo.

Nuestro narrador desconoce si al final se publicó o no la maquillada información del "diputado periodista". No obstante, lo que sí se conoce a ciencia cierta es que en total cerca de cinco mil fueron los vascos leales que lucharon en Asturias, de los cuales más de mil fallecieron o fueron heridos en dichos lares.

OFENSIVA SOBRE BIZKAIA

De vuelta al frente vasco

Al cabo de poco tiempo retornaron a Bilbao y, sin apenas tiempo ni siquiera para estirar las piernas, el oficial Goenaga fue enviado rumbo al frente de Otxandio; el batallón precisaba de sus servicios. Así, súbitamente se vio envuelto en una atmósfera de sobra conocida, pues debía guiar a sus hombres por el frente vasco, coordinándolos.

El mando se había instalado en un caserío de nombre Billordo, hoy anegado por el embalse de Urrunaga. Y los días se tornaron de mucha agitación, ya que a primera hora de la mañana solían ser trasladados a la zona de Legutio o de Leintz-Gatzaga como apoyo de otras fuerzas, pero sin entrar nunca en combate. La situación bélica era pues de relativa calma, hasta que el 31 de marzo de 1937 se puso en marcha la famosa ofensiva sublevada sobre Bizkaia.

Ahí estábamos nosotros desayunando como siempre una mañana y se le acercó el comandante al intendente, de apellido Marín: "¿Qué tal?". "¡Bah! Otro día de excursión", le dijo al comandante. Este contestó: "No, no, hoy atacan". "¿Que van a atacar? Ya es hora, son las siete y media..." "Sí, sí van a atacar: les han dado bombas de mano y todo; van a atacar hoy." Y en ese momento, un ruido de aviones... Miramos para arriba: veintiún trimotores alemanes, *halcones*; traían mucha carga. Vinieron, nos pasaron y empezaron enseguida a bombardearnos. Nosotros estábamos en el frente mismo y empezaron a echar un poco más atrás, porque es peligroso ir y lanzarlas en el mismo frente, ya que les pueden dar a sus tropas. No nos alcanzaron a nosotros, pero sí a las chabolas portátiles que habíamos construido en el monte: una explotó entera.

Entonces atacaron el monte Albertia, que estaba delante de nosotros. Y desde donde estábamos veíamos cómo venían las tropas a atacar: se acercaban andando, despacio, tranquilos. Y arriba, en el Albertia, bombardearon unos aviones italianos de dos motores. Venían raaaaaaaah, descargaban las bombas y se marchaban. Enseguida volvían otra vez. Nosotros decíamos: "Sí, sí. No encontrareis a nadie en esa cima". Creíamos que no había nadie, pero mientras, los nuestros aguantaban arriba: empezaron a disparar ellos también. Más bombardeo. En la segunda vez se retiraron los nuestros y cogieron el Albertia.

Este narrador nos mira fijamente al dialogar. Sus ojos llorosos se clavan en los nuestros, como agradeciendo la atención, acompañados de sus manos que de vez en cuando difícilmente las levanta para constatar semejante virulencia. En mitad de tamañas acciones armadas, las unidades de Manuel se diluían en aquel mar de ferocidad: quedaron primeramente inmóviles; se empequeñecieron. La gran maquinaria bélica de los alzados imponía, abrumaba. Sacando fuerzas de flaque-

za, el endeble hilo de voz del anciano resiste, persiste, para que la realidad no se evapore:

Nosotros solo teníamos fusiles y no disparamos. Cogieron el monte y detrás había otro pequeñito de nombre Pagotxiki. Ahí detrás estábamos nosotros: un día, seis pequeños tanques franquistas –¡unos tanques viejos!– avanzaban por el camino. "¡A ver, munición antitanque!" Era especial: venía la bala forrada de plomo, y por dentro era de acero. Las disparábamos con los fusiles y ametralladores. En ese momento el comandante cargó la cinta en una de las ametralladoras y comenzó a tirar con esa munición. Impactó en uno y marcha, se fueron todos.

Al siguiente día ahí seguíamos nosotros detrás del monte. ¿Qué hicieron? Se fueron por otro lado, un poco más atrás y tomaron ese monte: ellos arriba y nosotros abajo. Pensando que eran de los nuestros, gritamos: "¿De qué batallón sois?". Y sin respuesta. Y de repente a un chico de los nuestros, Ramón Galarraga, hermano del chófer Valeriano –del caserío Kaxko–, de un tiro lo hirieron en la mano. "¡Yo la siguiente vez que entre en una trinchera, ahí moriré, pero mataré a alguien!", dijo. "¡Estás loco! ¡Vete para atrás y avisa al practicante para que te haga la cura!" "¡No!" En ese momento se acercó el comandante: "¿Qué pasa?". Esto y esto. "¡No seas tonto, hombre! Vete atrás y búscale al practicante para que te cure." Ya no le vimos más al chaval.

Afortunadamente el batallón pudo retirarse a través de un espeso arbolado sin recibir fuego enemigo. Con todo, peor fortuna que su hermano tuvo más tarde el chófer Valeriano Galarraga, puesto que en aquellos días, cualquier vehículo que fuera sospechoso de ser prorrepublicano corría un serio peligro.

Lo mandaron a por munición; los aviones vieron un coche elegante y empezaron venga a ametrallar y ametrallar. Le siguieron desde el aire disparándole. Se nos acercó uno después: "¡Han matado a *Kaxko*!". A la mañana siguiente fuimos dos a buscarlo: el coche estaba carbonizado y, en el portamaletas había mochilas quemadas, se les quemaron todas las pertenencias a una docena de compañeros. Sacamos el cuerpo del coche y tenía un boquete en la frente: estaba muerto.

La estampa del reventado vehículo con el cadáver de Galarraga en su interior se convirtió en el descarnado símbolo de la contienda. Una contienda que, como el coche, en su alocada carrera guiaba a los hombres, a la sociedad, hacia las llamas del abismo. La guerra había tomado pues un cariz oscuro, polvoriento, sucio, mezcla de tierra, sangre y material calcinado: a partir de entonces, las encarnizadas embestidas golpistas fueron el pan de cada día. A principios de abril, el Batallón Guipúzcoa fue posicionado en Otxandio como refuerzo, lo que le supuso una gran pérdida de hombres, entre ellos, cuarenta muertos.

Billetes alemanes

Presionados por el empuje de las fuerzas rebeldes, Goenaga y los suyos eran colocados en posiciones cada vez más cercanas a Bilbao; pero eran desalojados de ellas una y otra vez. Así, a finales de abril se enfrentaron a las tropas insurgentes que envolvían los montes Intxortas y fueron obligados a replegarse hacia el frente del Duranguesado.

Un amigo y yo entramos en una casa de Durango para cambiarnos de ropa: tirar la sucia y buscar nueva en los armarios; porque muchas solían estar vacías. ¡Como si estuviéramos en casa! ¡Vestirnos y marcha! Me puse un jersey rojo. Y de repente este amigo mío: "¡Mira lo que hay aquí!". Una cartera grande llena de billetes. "A medias, ¡eh!" "¿Y la cartera para quién?", le dije. "La cartera para ti."

Semejante dineral para aquellos jóvenes sin nada más que lo puesto era una gran tentación que casi se derretía entre sus manos. En tiempos de carencias y miserias, aquellos billetes alemanes les hicieron la vida un poco más grata. Por lo demás, mayo tampoco fue fácil para los miembros del batallón: los atacaron intensamente en las inmediaciones de Zeanuri, aunque, realmente, los enfrentamientos en los que participó Manuel fueron escaramuzas en lomas o pequeños montes de dicha zona, donde la infantería levantisca avanzaba casi cuerpo a cuerpo contra las previamente bombardeadas posiciones enemigas.

El fusilamiento del comandante

"Qué, ¿te duele mucho, Blas?"

Son muchos los sucedidos que se van destapando con el simple hecho de preguntar. Conforme lo interrogamos va escrutando con tesón en

los más hondos recodos de su memoria y rescata multitud de pasajes casi olvidados. El siguiente es uno de los que esclarecen los últimos minutos del que fue el máximo responsable del Batallón MAOC-2 Guipúzcoa, el comandante Gonzalo Laredo. Concretamente, la zona de Santo Domingo, en Artxanda, próxima a Bilbao, es recordada como una posición marcada a sangre y fuego en el calendario histórico de dicha hueste. Todo comenzó con su repliegue desde las inmediaciones de la fábrica Firestone de Basauri a la citada área de Santo Domingo con el fin de defenderla:

Sería el tercer día cuando se acercaron los franquistas de entre los maizales desde la ribera y se arrimaron por otro lado. En ese momento, sería a primera hora de la mañana, nuestra tropa estaba en el frente, al otro lado del río[152], en las faldas del monte. Estábamos muchos. Había un puente de madera para pasar. Algunos salimos hacia arriba y otros se quedaron al lado del río. El comandante Laredo vino con nosotros a caballo y le dispararon tiros, ¡la de Dios! Pero no le dieron ni a él ni al caballo. Ahí estábamos, tranquilos, y de repente dijo: "Bueno, voy a dar una vuelta a ver qué hace esa gente". Yo me acerqué y mi amigo Eleuterio Errazti me dijo: "Hoy iré yo". "¿Tú, por qué?", contesté. "Tú quédate y ya iré yo." Uno de los motoristas que teníamos era miquelete, Blas Alustiza Murgiondo, de Zegama. Dijo: "Ni tú, ni tú. Iré yo de acompañante". Y le respondí: "Quédate tú, Blas, por si nos hieren y tienes que llevarnos". "No, a este hombre hay que ayudarle e iré yo."

Salieron los dos solos: el comandante y Blas. El enemigo se había acercado de entre los maizales hasta donde estábamos y: "¡Alto!". El comandante se quedó ahí. Al lado había una casa nueva que conocíamos; tenía un bar. El miquelete entró al bar corriendo, entró hasta la cocina y saltó por el balcón al gallinero, que estaba debajo. Se atascó en la red de alambre y cayó dentro. Los franquistas le lanzaron una bomba de mano y quedó con todo el cuerpo herido. Tendido en el suelo, al lado del garaje, ahí estaba; y el comandante al lado suyo: "Qué, ¿te duele mucho, Blas?". "¡Apártate de ahí! ¡Pronto te dolerá más a ti!"; al parecer vinieron los soldados aquellos: "Bueno, tenemos que irnos. Tú qué, ¿ya podrás ir?". "Donde vayan los compañeros iré yo también", dijo Blas todo herido.

152 El río que apunta debe ser el llamado Ibaizabal o Nervión.

Intentó levantarse, pero: "Ya lo he dicho, pero no puedo...". "Tranquilo, no te preocupes, ya te traeremos una camilla." Para cuando lo cargaron en ella, al comandante ya se lo habían llevado. Y cuando le empezaron a dar un ungüento, al comandante lo mandaron fusilar.

Manuel cesa el relato de los hechos durante unos segundos, que parecen abrir una eternidad ante nosotros. Después arranca de nuevo, y su hilo de voz, susurrante pero confortador, nos empuja a escucharlo atentamente. Una palabra sigue a la otra y, poco a poco, sílaba a sílaba va esclareciendo lo sucedido. Los hechos se remontan a más de setenta años atrás, pero siguen vigentes en la memoria de este hombre como si de ayer mismo se tratara.

Se le acercó un hombre a Blas y le dijo: "Tú también llevarás la marcha de este. Soy sacerdote, si te quieres confesar...". "No; tengo la conciencia tranquila. No me hace falta." "Será la última hora para ti, si quieres pedir algo, algún consejo para alguien o algo, ahora es el momento, ¿eh?" "¿Hay algún vasco entre ustedes?" "Sí." "Me gustaría hablar con uno para que le diga a mi familia cuándo y cómo me fusilan." Así, se acercó el vasco, que era teniente, ¡y además del mismo barrio que él!: "Hombre, Blas! Zu al zera?". "Bai..." "Salbatu egin behar zaitugu." "Sekula ez dek oportunitate argiagorik izango; nere alde zerbait egiteko abilidadea izango bahu..." "Itxoin zak pixka bat."[153] Se fue y al parecer trajo a un capitán con él. El capitán también era *euskaldun,* de Bergara: "Salbatu egingo zaitugu"[154].

Se fueron donde el comandante: "A este le vamos a salvar". "¡Ni hablar! ¡A uno que se le ha cogido haciendo fuerza contra el Ejército Glorioso no tiene derecho a la vida! ¡Hay que fusilarlo!" "Jolín, pues en aquel sitio ese chaval también estaba haciendo fuego, y porque a usted se le antojó ya le salvó pues." "Bueno, bueno, bueno..." Al parecer sacó un bloc del bolsillo y anduvo escribiendo. "A ver, ¡un escolta!" Apareció un chico joven, con fusil. "Llévale adonde están los otros." Este miquelete se dijo entre sí dos veces: "¡Bah! Este ahora ya lo ha hecho, pero seguramente en esa nota pondrá que cuando se pueda me peguen dos tiros...". Y seguidamente pensó: "Puedo terminar con este escolta rápidamente detrás de un árbol, pegado

153 "¡Hombre, Blas! ¡Eres tú!" "'Sí..." "Te tenemos que salvar." "Nunca tendrás una oportunidad más clara que esta; si pudieras hacer algo a mi favor..." "Espera un poco."

154 "Te vamos a salvar."

a un tronco; pero, después, ¿adónde voy? Está lejos, no soy capaz...". Le preguntó: "Oye, escolta, ¿me quieres decir lo que dice ese parte?". "Toma, léelo tú mismo." Lo leyó: "Ha sido hecho prisionero y llevado al campo de concentración". "Igual que al resto. ¡Bah! Allí necesitaré poca cosa." No es mía la historia, pero es bastante importante como para contarla. A mí me la contó el mismo Blas años más tarde en Donostia.

LA CAÍDA DE EUSKADI

A vueltas con los barcos

El batallón, desmoralizado y diezmado por la infinidad de bajas sufridas amén del comandante, cual alma errante se retiró a pie a Bilbao y se incorporó a la masiva retirada del Ejército vasco que se estaba produciendo hacia Cantabria. Multitud de unidades armadas se dirigían hacia dicho territorio cumpliendo lo ordenado por los mandos republicanos. De esta forma, Goenaga y sus hombres marcharon en camiones y autobuses a monte traviesa. Cantabria, más tarde Asturias... Los mermados batallones leales no-nacionalistas que aún seguían en pie prosiguieron su momentánea resistencia, tan efímera como pronta la retirada:

En Asturias, en Ribadesella, teníamos un barco mercante requisado. Estábamos nueve compañeros controlando el barco, porque sabíamos que todo estaba perdido ya. Pero antes que nosotros, otro batallón, el Padura, también lo quería para él: "Este barco lo necesitamos nosotros". "No es posible, ¡está reservado!", les contestamos. "Nosotros estamos aquí para hacer las cuentas: vosotros sois nueve y nosotros todo el batallón. Sabéis lo que nos ha pasado. Lo necesitamos." ¿Y sabes lo que pasó? Que nos lo robaron. Nos dejaron en tierra y sus tropas las llevaron al barco. "¿Y ahora qué vamos a hacer?" "A Avilés, que allí ya cogeremos otro." Llegamos y el puerto estaba lleno de pequeños barcos de pescadores. Requisamos el que mejor pinta tenía para escapar y entramos los que pudimos. En el batallón seríamos unos doscientos, pero muchos se tuvieron que quedar en tierra. No sé qué fue de ellos...

A medida que las fuerzas sublevadas se iban acercando a los pueblos costeros, los muelles se abarrotaban de gente impaciente por embarcar y huir a toda costa. No solo eran milicianos, sino también cargos

políticos, gente sospechosa de "colaborar" con los "enemigos de España" o simplemente vecinos de la localidad que huían en éxodo debido al pánico. En medio de toda aquella vorágine, ¿adónde se dirigió el barco de nuestro joven?

Ahora te lo digo: ese barco funcionaba con carbón, pero en el puerto no había. "¡*Uxurbil*! ¡Carbón! ¡Trae carbón de la estación!" Fui a la estación, que estaba cerca del puerto, un poco más arriba, y había un tren lleno de carbón: "¿Adónde va este tren?". A tal sitio. "Necesitamos un vagón en el puerto. Nos lo tiene que bajar." "¡Yo no puedo hacer eso!" "Usted puede, ¡y debe hacerlo!" "¡No puedo!" "¿Que no puede?"

Manuel se lleva su arrugada mano derecha a la cintura y hace un gesto como si arrancara una pistola del cinto. Nos apunta con cara seria. Una sensación de estar viviendo aquel instante trepa de nuestro corazón a la mente. El momento era trágico y precisaba de acciones más que de palabras. Con los compañeros aguardando en la embarcación, él en mitad de la estación con el pasaje que los transportaría a la blanca salvación delante de sus narices: el negro carbón.

Cortó el tren y un vagón al puerto. Cargamos el barco, llenamos el depósito bien de agua y bien de carbón con cubos, ¡y hasta con latas de atún! Luego le dijeron al maquinista del tren: "Bueno, ahora tiene que ser maquinista de barco". "¡No puede ser! ¡Yo no sé! ¡Nos vamos a ahogar!" "No importa. 'De perdidos, al río', que se dice." "¡Que no, por favor! ¡Que no!" Era un hombre grande. "¿Dónde vive usted?" De Avilés por mar era el último pueblo el suyo, a quince kilómetros más o menos.

La tensión y los nervios se apoderaban cada vez más de sus mentes. Mientras se pudiera zarpar, les era indiferente quién pilotara la embarcación.

Le pedimos que se pusiera de capitán, pero vino de repente un hombre pequeñito: "¿Qué necesitan ustedes?". "Un maquinista de barco." "Aquí estoy yo." "Bueno, bueno. Pues tú ya haces lo que quieras", le dijimos al maquinista del tren; y se fue corriendo. Entonces preparamos dos barcos, uno muy grande. Pero nos dimos cuenta de que uno de ellos tenía la cadena del timón inutilizada, estaba rota. Nos tuvimos que conformar con uno: lo preparamos. Había un almacén con botellas de coñac, ¡miles

habría! Y nos dieron una botella a cada miliciano. Pero empezó a entrar gente que no eran milicianos y... "¡*Uxurbil*! ¡El coñac! ¡Trae el coñac!" Entonces le dije al capitán: "Me piden coñac". "Al menos tráeles un par de botellas." Cogí dos y fui al puerto de nuevo: el barco había zarpado ya. "¿Qué? ¿Esto también? Después de hacer lo que he hecho, ¿dejarme en tierra?", les grité. "¡Sigue! ¡Sigue para adelante! ¡Te cogeremos en la punta del muelle!"; porque había mucha gente que quería entrar. Empecé a correr detrás del barco, que ya había salido del puerto. Me vieron y lo arrimaron al borde del río; entre cuatro compañeros cogieron una manta y yo desde arriba salté. ¡El salto más grande que he pegado nunca! Llegué sano y salvo al barco, pero sin botellas: las había tirado antes. Lo siguiente, mar abierto. Ya habíamos perdido de vista tierra firme.

Incierto rumbo

Varios miembros del batallón habían zarpado en el barco que huía de lo que ya era una realidad: la caída del frente norte. Una embarcación llena de milicianos, carne de cañón franquista.

De repente, frente a nosotros, a lo lejos había un barco, enemigo. Cogí los prismáticos y uno me dijo a ver si se los dejaba para ver desde la punta del barco. Se los dejé y: "Muchachos, ya viene a por nosotros". Habíamos zarpado unas cien personas; todos hombres del batallón. Entonces me puse en la punta de atrás, me senté totalmente en la popa, a la espera... "¡Ánimo, ánimo, ya no viene, ha dado la vuelta!" Y es que mientras yo me estaba colocando en la popa, el barco hizo un movimiento, se puso frente a nosotros y no se veía, solo el palo del barco... Parece mentira... ¡Cómo es el mar que los barcos no se veían estando el uno frente al otro! Había marejadilla y el barco arriba y abajo; no se veían: "¡Ánimo, ya no viene!". "¡Pero si aquí mismo y de frente tenemos otro barco!" "¿Tú ves visiones o qué?" "¡Aquí enfrente mismo hay un barco o dos!" "¡Ah...!" Rápidamente aparecieron. "¡Hostias!" "Serán ingleses"; porque había una patrulla inglesa de No Intervención[155], para

155 Tanto Francia como Inglaterra habían decidido no tomar parte activamente en el conflicto armado, por lo que formaron el denominado Comité de No Intervención compuesto por dieciocho países. Por ello, las únicas labores que realizaron fueron las de ayuda humanitaria, entre otras, recogiendo con sus buques a miles de exiliados en tierra o mar.

que cada uno hiciera lo que quisiera... Pero cual sería nuestra sorpresa cuando vemos que es un barco de Pasajes, el bou *Tritonia*. Se acercaron: "¿Qué dirección lleva este barco?". "Desconocida." "¿Qué gente lleva?" "La mayoría mujeres y niños." No había mujeres, solo una, y niños tampoco... "Arrimaos aquí."

La embarcación era un pesquero insurrecto, cuya flota naval poseía el control sobre el Cantábrico. El *Tritonia* operaba justamente frente a las costas, cerca de los muelles, donde conforme el bando gubernamental perdía terreno iban zarpando y huyendo embarcaciones abarrotadas. Muchos fueron capturados de esta forma, algunos ahogados al hundirse su barco y otros pudieron evadirse escondidos entre la población civil. Una auténtica "caza de rojos".

Nosotros arrimándonos y un cañón dirigiendo nuestros movimientos. Apuntándonos. En nuestro barco iba Paco Bueno, el boxeador, y en el otro barco Isidoro, otro boxeador, que se conocían[156]. Hablaron entre ellos. Este del barco le hizo preguntas, que en qué había estado. Nosotros, no sabíamos lo que hacer. Tenían ya dos barcos detenidos, amarrados al lado suyo. Vino uno a examinar el nuestro, y nos dijo: "Está bien; vais bien preparados. Tendréis al menos para ocho días. Estos dos que están detenidos no están nada preparados, tendréis que ayudarlos".

Vino otro a examinarlo y dijo: "Bueno, esos dos barcos están averiados. Uno lo remolcaréis vosotros y el otro lo llevaremos nosotros". Lo cogimos a remolque y empezó la travesía de detenidos. En el mar, de vez en cuando el remolque iba para arriba y el nuestro para abajo, ¡ras! Hacían las cuerdas. De repente, el barco se abrió, se agrietó; era pequeña la grieta, pero se abrió. ¿Qué íbamos a hacer? Dimos la voz de alarma. Al cabo de diez minutos apareció un barco de guerra; lo teníamos encima, italiano. Vinieron del otro barco de nuevo y: "¡Bah! Es poco, podemos

156 Francisco Bueno Múgica, *el Ídolo de Amara*, (Errenteria, 1916-Donostia, 1995) fue un destacado boxeador que consiguió siete títulos de España y dos de Europa. Estuvo seleccionado para acudir a los Juegos Olímpicos de Berlín (*ver* nota n.° 147), pero comenzó la contienda y fue movilizado. Es muy probable que el otro mencionado sea el eibarrés Isidoro Gaztañaga Ibarra (Tolosa, 1906-Bolivia, 1944), un hombre bien parecido que recorrió toda América y Europa gracias a este deporte, fue republicano y falleció baleado en la frontera entre Argentina y Bolivia.

continuar. ¡A ver, cuatro o cinco chicos!". Trajeron unos baldes de su barco y los pusieron a achicar.

A la pregunta de si el buque italiano les hizo algo, Goenaga responde que se marchó, con un gesto pausado al son de su respiración:

Seguramente hablarían entre ellos. Y desde el remolque: "¡A Cudillero!".

ESCLAVO DE LA DICTADURA

El íntimo grito subversivo

Como tantas otras embarcaciones, arribaron sin problemas al puerto de Cudillero, en Asturias, "amarrados" a los vencedores. Nada más llegar, fueron obligados a colocarse a un lado y les ordenaron despojarse de todo elemento bélico que portasen:

"Las armas dejadlas en un montón en el barco. Y si tenéis bombas de mano, tiradlas al agua todas." Nos soltamos las correas y las pistolas y a la mar. Yo me quité el galón que tenía, el compromiso. Y ni acordarme: dejé la pistola, pero el cargador lo tenía en la mochila, cargado de balas. En el momento en que me cachearon, me metieron las dos manos así y sacaron el cargador... "¿Y esto? ¿Y esto qué? ¿De qué tienes esto?"

Un silencio espeluznante nos envuelve en el salón donde conversamos. Nuestro narrador enmudece y rememora el tenso instante en el que los levantiscos le descubrieron el olvidado cargador:

"Lo encontré en la calle y lo cogí para alguno que tuviera pistola, pero no coincidía: del nueve corto sí, pero del nueve largo no... ¡Puah!" Me tiró la mochila de un manotazo y las balas que estaban sueltas cayeron todas al suelo.

Uno a uno fueron rigurosamente cacheados y guiados "desfilando" camino al lugar donde iban a ser recluidos. Un recorrido, sin embargo, no falto de anécdota:

Seguramente en toda España no habría prisioneros recibidos como nosotros: ¡con banda de música! ¡No sé por qué! Como gran acierto por coger tantos prisioneros pienso yo, porque éramos tres barcos, ¿eh?

Pequeños pero tres. En el camino se me acercó una mujer a la oreja y me dijo: "¡Viva Rusia!".

El excombatiente ríe alegremente. Entre tanto recuerdo tejido de humillaciones y calamidades, este simple pero valeroso gesto de la desconocida mujer lo tiene grabado en su mente. Habían sido vencidos, mas no acallados. Después de tantos lustros, aquellas dos palabras perduran en su memoria como un subversivo grito contra los golpistas. Aunque únicamente fuera en la intimidad, a la oreja.

Era una asturiana que parecía pescadora, con un delantal azul. Entonces con la música y demás no se escuchaba nada; nadie se dio cuenta, pero no tuve tiempo de decirle nada, porque estaba despistado.

A partir de aquellos instantes la tripulación se encontraba a merced de los rebeldes. Eran sus prisioneros de guerra. Estaban en sus manos. Primeramente, fueron introducidos en una casa en obras para luego ser enviados de nuevo a otro edificio en construcción donde pernoctarían.

Al día siguiente nos llevaron a otro sitio: por la tarde otra vez a cachearnos a fondo. Yo tenía encima la cartera que encontré en Durango. Para aquel entonces ya me lo había gastado todo, pero uno de los billetes lo tenía doblado para guardar agujas. Andaban pues los franquistas viendo mi billete alemán cuando, al parecer, tenían prisa porque debíamos de irnos a otro lugar. "¡Venga! –Apareció otro de ellos.– ¡Venga! ¿Usted qué hace?" "Estoy esperando a este señor..." "Sí. Tiene un billete alemán: este tío habrá matado algún alemán." "¡Si son billetes que no valen nada!", les contesta el recién llegado. "Venga, venga, déjalo y vamos." "Bueno, mañana vendré en busca de usted." "Estúpido", pensé entre mí. Pero no vino.

Al día siguiente nos mandaron a un viejo palacio en un barrio alto de Cudillero, de nombre Pito. Ya éramos unos doscientos. Y al cabo de dos o tres días vino un viejísimo teniente coronel: "¡Vosotros! ¡Antes levantabais el puño! ¡Ahora levantaréis los cojones!".

La voz con la que caracteriza a este veterano franquista denota la arrogancia y el desprecio que sentían aquellos mandos hacia los prisioneros. Palabras de repugnancia y odio visceral las que salieron de su boca:

"¡No os quiero ver! ¡Me dais asco!" "Para qué has venido entonces...", pensábamos nosotros. Al cabo de otros dos o tres días, apareció otro teniente coronel, de las Brigadas de Navarra. "Este qué nos dirá ahora...", pensamos. "¿Qué tal estáis? ¿De dónde sois?" Intimando. Muy simpático. Y nos dijo: "Tened un poquito de paciencia porque, ¡sois tantos prisioneros! Comida tenemos, pero cacharros no tenemos para que comáis todos. Hemos preguntado en el pueblo a ver si alguien tiene de sobra y algunos nos han contestado que no hace falta, que no tenéis derecho a la comida. Eso nos han contestado algunos, ¿eh? –y añadió–: Tened un poco de paciencia. Pronto se organizará y a cada uno se le dará su destino. Si alguno tiene las manos manchadas de sangre lo pasará muy mal, ¿eh? Muy mal lo pasará. Pero lo demás, lo organizaremos pronto". Así fue. Yo enseguida pensé que no tenía las manos manchadas de sangre.

De infierno en infierno

Manuel cree que para aquel entonces algunos combatientes nacionalistas vascos ya se habían rendido y los habían transportado a Santoña, tal y como obraron con ellos. Fueron encerrados en un instituto de dicha localidad durante dos semanas.

No hacíamos nada, estar, nada más. Eso sí, matábamos piojos. Un día, uno de nosotros dijo: "Bah, tengo que limpiar de piojos mi manta". La extendió y cras, cras, cras, matando piojos. Al mediodía se le preguntó: "¿Cuántos has matado?". "Unos cuatrocientos; y no he pasado toda la manta, todavía queda un trozo por limpiar." ¡Cuantos piojos tendría! Yo, en el jersey rojo, tenía más liendres que puntos...

Además, tuvimos unos escoltas canarios, muy malos. Si nos asomábamos a la ventana, ¡dale! Nos disparaban para que entráramos. Después, de Santoña a Miranda de Ebro. En la expedición que iba delante nuestro, había un irunés descalzo. No tenía zapatos; y yo tenía dos pares: "Toma uno. Yo no quiero ver a nadie por esta parte así". "No te puedo devolver el favor..." "Da igual. Aún así te los puedo dar. Toma y cálzate."

Las imágenes del individuo descalzo son como una herida en su memoria, supurante, que no cicatriza. Su mirada emana tristeza, aunque desprende una paz y una tranquilidad infinitas. Le solicitamos que nos

describa el campo de concentración de Miranda de Ebro, levantado en 1937 con capacidad para mil quinientas personas:

¡Buf! Estaba lleno de gente. Ir y venir, ir y venir. Había pocas vallas, pero era grande, tenía mucho terreno. Había barracones y al lado, un río. Allí también metían a prisioneros de otra clase: un día trajeron a un extranjero capturado en un barco. Era uno grande. Todas las mañanas se iba al río a bañarse. ¡Y había aguanieve allí, eh! No había nieve, pero en la copa de los montes sí. E iba sin nada. ¡Zamba! Se zambullía y nadaba como los perros. Era marino. Salía, corría un poco, se secaba, se vestía y al barracón. Hacía mucho frío y él andaba tan tranquilo.

Había gente de toda clase. ¡De todo! No se solía escapar nadie, pero unos amigos míos tuvieron mucha suerte. Eran unos cuatro o cinco, uno se apellidaba Echezar, de Oria. Salieron por la noche con intención de escapar por entre la bruma; cuando llevaban un tiempo andando el viento la hizo desaparecer. "No es posible..." Y vuelta al barracón, pero con intención de intentarlo otra vez, porque ya que era de noche. A la noche siguiente salieron y marcha. "Falta", ponía en las listas. Nos llamaron a todos y: "Muchachos, unos compañeros vuestros han escapado. Serán cogidos y aquí mismo serán fusilados", nos dijeron. Pero tuvieron suerte y consiguieron escapar.

Enfermo grave

"'¿Tú eres Manuel Goenaga?' 'Sí.' 'Espera aquí.'"

Aquellas inmundas instalaciones infestadas de parásitos debilitaban el ya de por sí desfallecido cuerpo de los presos. Nuestro corpulento hombre, por ejemplo, no pudo permanecer más de una semana en el campo debido a unas fiebres tifoideas:

Tenía diarrea y mucha calentura: cuando me llevaron donde el médico tenía 42 de fiebre. Antes ya he hablado sobre un irunés descalzo, pues cuando me vio allí: "¡Coño, Manuel! ¿Ya estás aquí?". "Sí..." "¡Coño! Estoy de asistente del médico, y ya voy a intentar buscarte un 'enchufe'." "No sé si hará falta... No me encuentro bien, ya le hablaré yo al médico..." Llegó mi turno y me dijo: "¿Tú eres Manuel Goenaga?". "Sí." "Espera aquí. A ti te voy a reconocer bien por recomendación del asistente." Me hizo el reconocimiento y me mandaron a una tienda de campaña. Ahí me quedé. El médico me dijo que

cuando se me pasara la fiebre, el primer puesto de ayudante que hubiera sería para mí. Pero al siguiente día me llevaron al hospital.

Desconocemos las causas por las cuales contrajo el tifus, pero la herida que le afligió en su alma la imagen del irunés descalzo, aún hoy sin cerrar, no hubiera podido sanarla él mismo. Ni el mejor médico actual. Las imágenes se hallan grabadas a golpe de crudeza en su cabeza. Igual que los instantes en el hospital.

Allí solía venir la monja de la noche y se sentaba en la cama. Había un obrero que controlaba las calderas de la calefacción y, si había algún muerto, se lo llevaba. Este también solía venir, se sentaban los dos al borde de la cama y solíamos estar de cháchara hasta el amanecer. Yo tenía muy buena relación con la monja, muy buena. Y el obrero era un preso, como yo. Estuvo conmigo en el viejo palacio de Asturias que he comentado antes. Encima de la cama, en el cabezal, solía haber un gráfico con las explicaciones de cómo estaba la fiebre. Y un día me dijo la monja: "Has estado muy grave". "¿Si?" "Mira. –Me señaló el gráfico.– La pasada noche la monja del día me dijo: 'Esta noche ya tendrás función…'" "¿Pues?" "El vasco no va a pasar de esta noche." ¡Y aquí ando!

De nuevo, las imágenes irrumpen en su cabeza y le hacen sonreír de manera cómplice; una pequeña carcajada inopinada dirigida a la muerte, a quien consiguió sortear por los pelos. Lo recuerda casi como una cosa anecdótica.

Ese mismo día me dijo: "Has tenido mucho peligro, pero ya has empezado a mejorar. Ánimo". Teníamos otra monja muy bromista. Y un enfermo le decía: "Tú, monja, de dónde y del barrio de Chamberí. ¡Qué habrás sido tú antes de ser monja!". "¡Yo he sido honrada!", y no sé qué. Solían estar los dos bromeando en la cama del hospital.

Batallones de trabajadores

"¡Cuanta dinamita habré echado!"

Del mismo modo que Félix Padín, nuestro usurbildarra milagrosamente también pudo salir con vida de aquel trance tan terrible y, a partir de entonces, todo problema como reo le parecía una nimiedad. Con todo, su destino ya estaba escrito: al cabo de un mes fue conducido al Batallón de Trabajadores n.º 40, en Guadalajara. "¿Y qué hicimos? Lo primero, comer muy mal", asevera con gracia. Su primera tarea: construir nada menos que una doble vía de ferrocarril. Más tarde, lo de todos, cavar trincheras. Si el terreno estaba compuesto de tierra, empleaban picos y palas. En el caso de que fuera de piedra, explosivos. Sin contemplaciones.

La dinamita la metíamos dentro y venga: por los aires. ¡Cuánta dinamita habré echado! Yo era el que la quemaba, ¡le daba fuego a la mecha! Era peligroso, sí. Nuestro batallón estaba compuesto de unos cien hombres, y había varios vascos. La escolta también la teníamos vasca. Eran civiles, bueno, militares que les había tocado a su quinta. Se portaban bien con nosotros. Tenían unos viejos fusiles y les decíamos de broma: "¡Con ese fusil qué vas a hacer tú!". "Con esto, ¡tirar!" "Tú imagínate que ahora empiezo yo a correr, ¿cómo dispararías?" "¡Tacatá! ¡Tacatá!"

Manuel realiza un ademán de hacer fuego, como si fuera uno de los guardias tirando con su arma mientras esboza una sonrisa. Demasiadas horas al lado de los escoltas para no entablar amistad:

¡Vaya carcajadas que nos echábamos! ¡Eran fusiles viejísimos! Además, había dos hermanos de Azpeitia que uno era guardián y el otro trabajador. A mí también me hubiera tocado lo mismo: mi hermano mayor era de esa quinta, y era carpintero. Lo mandaron a trabajar a una carpintería, si no los dos estaríamos en el batallón.

Miedo de los soldados

La guerra no era cuestión de valientes y cobardes, aunque algunas veces así lo parecía. De hecho, no todos los combatientes tenían el coraje suficiente para resistir durante horas en la primera línea de combate, entre el mortífero fuego cruzado, con bombas por cielo y trincheras por suelo.

Cerca de Sigüenza, solíamos hacer por la mañana "fiesta" y por la tarde a trabajar. Cuando subíamos para el monte, en mitad del camino se daba la vuelta el jefe. Y nada más subir enseguida empezaban los cañonazos de los *rojos*: ¡Damba! ¡Damba! Eran gallegos los franquistas que andaban por allí y nos pidieron que estuviéramos hasta el anochecer con ellos. Y

don José Rubio, el jefe del batallón, un buen hombre: "Ni hablar. Aquí el grupo de *rojos* no va ir a primera línea, para eso sois soldados, ¡para defenderos! No os van a defender; ¡eso vosotros mismos!". "Pues si uno de nosotros muere, bajaremos abajo y os mataremos a dos de vosotros", nos amenazaron los gallegos. Y entonces nos dijo Rubio: "Bueno, ya sois buenos tiradores, por eso me disteis a mí... –Había estado herido.– Como vengan, tenéis carta blanca. Y vosotros, soldaditos de papá, entregadles las armas a estos", decía mientras les ordenaba que nos las entregaran para estar en las trincheras. Eran unos cobardes: estaban en el frente, pero querían que les defendiéramos del ataque de cañón de los *rojos*. Querían estar tranquilos en el frente, que no les tiraran, y para eso querían que estuviéramos hasta el anochecer cavando trincheras, porque en cuanto nosotros nos íbamos del frente los *rojos* empezaban a disparar.

Estuvimos en varios sitios: Sigüenza, Torremocha, Torrecuadrada... Siempre en Guadalajara, hasta que terminó la guerra; más de un año haciendo trincheras... Muchas veces nos poníamos de acuerdo para no tirar. Todos encima de la trinchera, tranquilos. Y un día nos viene el jefe: "¿Cómo? ¿Esto? Diez tiros cada uno, ¡rápido!". Dispararon, pero dicen que al aire para que no nos pasara nada a nosotros. Nos decían también que a los italianos los traían engañados y les daban armas aquí, pero que no quisieron luchar. A todos estos les mancharon el capote de tinta, "por traidores". Cantaban:

Desde Brihuega hasta Sigüenza,
saquearon ciento cincuenta sinvergüenzas.
Los italianos se marcharon,
y de recuerdo un bebé te dejaron.

FIN DE LA CONTIENDA

De "vacaciones"

Nada más concluir el conflicto, fueron enviados a Malgrat "en plan de descanso", explica. Días de "fiesta" y de "asueto" para los miembros del Batallón de Trabajadores n.º 40. No se lo podían creer. ¿No sabrían qué hacer con ellos? ¿Celebraciones por la victoria franquista? Una situación que se tornaba tensa por la rareza del contexto, pero

a la vez alegre y ociosa entre tantas penurias así como calamidades que hubieron de padecer.

¡No teníamos otro trabajo que traer madera para la cocina! Nada más. Claro, por la mañana a la playa y por la tarde también a la playa. Al día siguiente lo mismo. Había fiestas en los pueblos de los alrededores y la gente solía ir a bailar. Yo en cambio, no iba. Un día, se fueron de fiesta y por la noche vinieron. El jefe era teniente, militar, y dijo: "¡Corneta, toca!". "¿Qué voy a tocar, mi teniente?" "¡Lo que quieras!" "No me diga eso que toco *Paseo*, ¿eh?" "¡Pues toca si quieres!" Y a las doce de la noche, empieza el corneta a tocar *Paseo*. Y eso quería decir: "A la juerga todos". Más o menos estuvimos así siete meses en Malgrat.

Después, desde ahí nos trajeron en tren a Goizueta. Teníamos un teniente que tenía una "querida" en Malgrat; y la tuvo que dejar a regañadientes: "¡Buah! ¡Allá iremos al norte! ¡Y tendremos que andar como los patos! ¡En el agua!". "Allí también ya hace calor, ¿eh?", le contesté. "¿Qué? ¡Vosotros no sabéis lo que es calor!" Llegamos hacia la parte de Irun y zas, zas, zas, llovía. Era domingo por la mañana. "¡Veis! ¿Veis, vosotros, qué sitio tenéis?" "Aquí también hace calor..." "¡Calla! ¡Tú no sabes nada!"

Por la voz con la que caracteriza al teniente extremeño de apellido Manzano, se puede entrever que era un hombre de armas tomar; de fuerte y hosco carácter. Más tarde, los destinaron a los alrededores de Atxondo, donde fueron obligados a construir un observatorio en pleno monte:

Estuve solo unos quince días: parece que iban a ser antenas, porque no me dio tiempo a verlo terminado. Y en uno de los días que le tocó trabajar al teniente, soplaba un viento sur calentísimo, un día caluroso a más no poder, como para estar bajo un árbol todo el rato. Así es que se acercó a la sombra y le dije: "Señor Manzano, ¿hace calor o no?". Sacó la pistola y: "¡Cállate! ¡Cállate! ¡Que te mato! ¡Aquí cuando no estamos en el agua, nos estamos asando!"

Y le encantaban las mujeres. ¡Era tremendo! Había tenido una "querida" alemana. Vino aquí y necesitaba una mujer... El secretario del pueblo tenía tres hijas, y una tienda de ropa en San Sebastián. Y la más joven empezó a salir con el teniente. Le dije: "¡Deja a ese hombre por Dios, eh! Ese no es más que un desgraciado. No empieces una relación con

él, ¿eh? No quiero ver *euskaldunas*[157] con ese". Y ella se quedó callada. Le seguí diciendo: "Está casado; tiene tres hijos. Hasta hace poco ha tenido una 'querida'. La tercera paga se la adelantaron y le ha enviado diez duros a su mujer. ¡Por Dios no te arrimes ahora a él! ¡Además, es feo!". Al poco tiempo me licencié y me fui. No sé lo que pasó...

Alejandro Goicoechea

"En cuanto me pasé me di cuenta de lo que hice."

Protagonistas indiscutibles de dichos bélicos días cruzan nuestros relatos. Es el turno del famoso director de la construcción del Cinturón de Hierro de Bilbao, Alejandro Goicoechea[158], que tras pasarse al bando insurrecto, les mostró todos los planos y colaboró en la caída del mismo. Este tenía un íntimo amigo en el Batallón de Trabajadores de nuestro nonagenario.

Creo que fue en Asturias: este traidor vino un día y le dijo a su amigo, que no me acuerdo del nombre: "Bueno, tenemos que hacer una cena juntos". "¿Qué te has creído, que estamos en Bilbao o qué? Yo estoy aquí prisionero, no sé si sabrás." "Bueno, pero tú dime si aceptas o no; si aceptas, de ahí para adelante yo me encargaré de todo." Se le acercó al jefe Rubio y le dijo: "Tengo un amigo y venía a pedirte permiso para cenar con él". "¡No faltaría más! ¡Sí, hombre!" "Tal día a tal hora vendré yo en su busca. Y para entonces que esté preparado. Después yo garantizo el entregarlo aquí, la misma noche o al día siguiente", dijo Goicoechea. Luego le decía Rubio al amigo: "¿Cómo estás de ropa y calzado? Tienes que ponerte guapo para ese día, ¿eh? Si te hace falta algo, vete al almacén y que te lo den". Se fueron a cenar y mientras estaban cenando le debió de preguntar Goicochea: "¿Qué dicen de mí en Bilbao?". "Ya te lo puedes imaginar: hablan muy mal de ti." "Sí, en cuanto me pasé me di cuenta de lo que hice, pero lo hecho, hecho está. Pero gane quien gane la guerra no me veis en Bilbao." Y luego qué fue, y el inventor del Talgo.

157 "Vascas"

158 Alejandro Goicoechea (Elorrio, 1895-Madrid, 1984) fue capitán de Ingenieros, uno de los diseñadores del Cinturón de Hierro de Bilbao. Tras pasarse a los franquistas, en 1938 comenzó el diseño del tren Talgo.

Conozco la historia porque me la contó este amigo de Goicoechea, que solíamos andar juntos.

Retorno a casa

Tras casi dos años trabajando forzosamente en el Batallón de Trabajadores, privado de libertad, maltratado y viviendo en ínfimas condiciones, terminó la pesadilla. Goenaga fue licenciado por primera vez y finalmente pudo regresar donde los suyos. Sentimientos de libertad, tranquilidad y gozo se apoderaron de él, pero había transcurrido demasiado tiempo, o nuestro joven había cambiado mucho:

Cuando llegué a Usurbil, me acogieron muy bien. El perro de casa, en cambio, mal. Salió al prado a recibirme y no me reconoció. Me arrimé a él y: ¡guau! ¡Guau! Ladraba enfadado. Su nombre era *Ttattarro* y le dije: *"Ttattarro,* ez al nauzu ezagutzen?"[159]. ¡Joé, cuando lo escuchó! Entonces se acordó. ¡Me saltó encima! ¡Estaba loco de alegría!

Un inmenso júbilo se apodera del viejo entrevistado, que no puede evitar enternecerse con el recuerdo de su fiel amigo. Mira al techo y parece rebobinar la cinta de su memoria al tiempo que enmudece. Con todo, reinsertarse en la sociedad no lo tuvo difícil, ya que en plena posguerra, la precaria situación lo obligó a buscar empleo tan pronto como pisó la vivienda familiar. Su deseo: trabajar en Michelín. Se presentó allí, pero por falta de plazas vacantes comenzó su nueva vida como empleado en Aceros Luzuriaga. De cualquier forma, las circunstancias ajenas a su voluntad lo empujaban a otro destino radicalmente opuesto al que él había soñado...

Al cabo de diez meses, de repente, nos llaman a dos para que fuéramos a las oficinas. Llegamos y nos dice el jefe: "¿Ya sabéis que tenéis que ir otra vez a la mili?". "No tenemos aviso." "Pues creo que tenéis que ir otra vez y os he llamado para ver si firmáis que os vais voluntariamente de aquí." "Yo sí." Y yo entre mí: "Otra vez...". El caso es que al final nos mandan a Miranda de Ebro y de ahí a Mallorca. A hacer nidos de ametralladora en la playa... De allí a Asturias directamente, donde hicimos un campo de aviación: recuerdo que entonces nos daban por día 3,50 por equipo.

159 *"Ttattarro,* ¿no me reconoces?"

Yo trabajaba por la mañana con un grupo y por la tarde con otro, así que siete pesetas. No era nada, pero nos daban el doble de lo que nos habían

Manuel Goenaga (de pie, segundo por la izquierda) junto a otros presos construyendo un campo de aviación (Asturias, 1941).

Goenaga, con algunos compañeros más, posa para la cámara al lado de sus tiendas de campaña (Asturias, 1941).

dado antes. Más o menos trabajaba unas quince o diecisiete horas con los dos: nos despertábamos sobre las siete de la mañana y nos acostábamos a las diez. Y de allí a casa, después de estar veintitrés meses fuera.

Actualmente Manuel Goenaga vive en Usurbil, su pueblo natal. "Tengo una suerte increíble. Ahora estoy viviendo de primera con mi familia", apunta lleno de satisfacción. No obstante, preguntado por la valoración que hace sobre los que pelearon por las libertades, contesta que "muchos ni nos creen, aunque otros muchos sí y lo valoran", añade señalado una placa que le otorgaron en un homenaje que le brindaron en su localidad. Así finaliza nuestra conversación cuando aparece por la puerta de la vieja casa su mujer Mercedes: "¿Qué, te ha valido para algo? ¿Interesante?". Asentimos y les damos las gracias por todo. Poco a poco nos vamos despidiendo conforme nos acercamos hacia la puerta. Mercedes amablemente nos la abre: "Volved cuando queráis, ¿eh? ¡No hay problema!".

Al retirarnos de su vivienda, damos unos pasos por la húmeda acera al tiempo que nos zambullimos en la recién escuchada conversación, que fluye a frases por nuestra mente. De pronto, como guiados por un presentimiento, nos detenemos; volvemos la cabeza y allí se encuentra Manuel, asomado tras la gran cristalera del escaparate,

como siempre, observando la calle, absorto en sus pensamientos, quizá en Sigüenza, cavando trincheras en plena batalla; o tal vez en Asturias, recordando el canto de guerra que aquella pescadora le gritó al oído, o rememorando la muerte de su comandante por boca de su compañero; quizás también imaginando los últimos instantes de Blas Ugarte, el acordeonista de Usurbil.

Por un par de segundos nos quedamos clavados en el lugar, inmóviles, abstraídos, inmersos en el mar de vivencias, hasta que finalmente retornamos a la realidad, al Usurbil de 2007. Instintivamente, procedemos a enderezar la cabeza; es entonces, justo antes del movimiento que nos hará reanudar la marcha calle abajo cuando vemos por el rabillo del ojo una mano, el brazo del corpulento Manuel diciéndonos adiós suavemente. En su cariñoso saludo creemos apreciar un gesto de agradecimiento, como queriendo transmitirnos una sincera gratitud por haber prestado atención siquiera una única vez a sus vivencias, tantas décadas retenidas, ocultas, como los secretos que guardan los maizales de esta tierra.